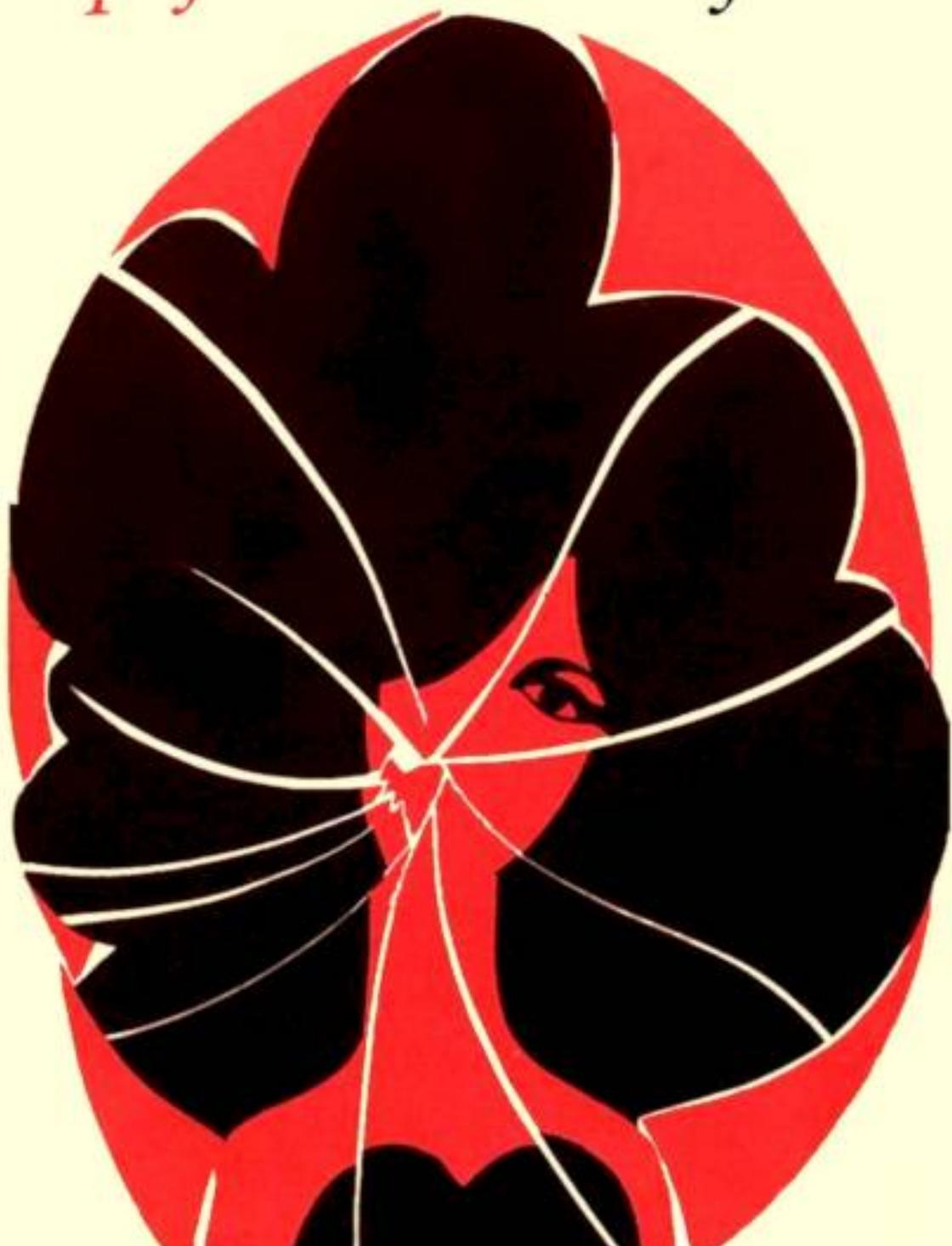


*lola, darío fernández
espejo oscuro flórez*



En *Lola, espejo oscuro* se relatan las andanzas de Dolores Vélez, una prostituta cuya existencia degradada sirve de pretexto para describir críticamente el Madrid de la posguerra. La misma Dolores Vélez cuenta en forma de memorias autobiográficas las vicisitudes de su existencia, que la han llevado desde un sombrío orfanato a una lujosa casa de citas.

La carrera picaresca de Dolores Vélez, o más sencillamente Lola, no se presenta como objeto de una investigación psicológica, sino como pretexto para efectuar un estudio ambiental. En efecto, pueden perfectamente considerarse como protagonistas de la novela ciertos estratos de la burguesía madrileña. De este modo, Lola es el «espejo oscuro» en el cual se refleja la vanidad, el cinismo, el vacío moral y el hedonismo irresponsable de los distintos responsables que la frecuentan y gozan de sus favores pagándolos.

Fernández Flórez dedica en la novela una atención especial a una galería de retratos un tanto estilizados: Perico, el holgazán carente de ideas y metas; Juan, fantasioso y narcisista, sin consistencia interior; Ricardo, el oficial que condensa de una forma casi paradójica los defectos de la casta militar; «El Espichao», figura mezquina y lastimosa, y muchos otros individuos nada recomendables de la buena sociedad de la capital. Todos ellos son los representantes de una categoría social que ha obtenido la mejor parte en la contienda civil pero que se demuestra vacía y vulgar; y es precisamente una prostituta quien juzga, con un profundo desprecio, el mundo que la margina a una condición de embrutecimiento.

En esto consiste el significado ético y trascendente que Darío Fernández Flórez atribuye a su narración, utilizando, incluso, pasajes de las Sagradas Escrituras. Lola representa el

«espejo oscuro» al que alude San Pablo en una epístola a los Corintios (I, 13, 12), y que, en el turbio mundo sensual que rodea sus aventuras, permite revelar el humillante significado de la comercialización del amor. La narración de la degradación de Lola no es el objetivo que Fernández Flórez persigue; sí lo es, en cambio, el turbio reflejo de una ruina moral más amplia y generalizada.

En el Epílogo personal que cierra esta novela hago saber al lector cómo llegaron a mis manos los papeles que dan lugar al relato autobiográfico de su protagonista, epílogo que aconsejo no convertir en prólogo por espíritu de contradicción, resabio que padecemos muchos lectores impacientes. Pero deseo que haya aquí constancia preliminar de algunas cosas.

Ante todo, rechazo la responsabilidad de cualquier posible semejanza entre los personajes reales que viven estas páginas y los seres más o menos ficticios que habitamos Madrid, que es donde transcurre principalmente la acción de esta obra. Nombres, apariencias y sucesos han sido dislocados para evitar ingratas coincidencias. Por tanto, si se produce caprichosamente todavía alguna de ellas, será respecto a personas y a hechos que carecen de toda relación con los que han nutrido estas páginas.

He de añadir aquí también que los juicios y opiniones que expresan los tipos de esta novela —pocos, en verdad, pues es gente de rompe y rasga que vive más que otra cosa— no tienen nada que ver, claro está, con los míos, que, en este caso, creo fuera de lugar.

En cuanto al ambiente en el que se desarrolla esta acción novelesca y a la mala vida de su protagonista, poco he de decir. Son los mismos, más o menos, modificados tan sólo por el siglo, que han dado lugar a una de las glorias de nuestra literatura. Clima y vida de picardía, de embuste trapacero, de mañoso hurto, de trato innoble y pecador. Como los de Trotaconventos y Celestina, de Lázaro y Guzmán, de Justina y Marcos de Obregón, de Teresa de Manzanares y don Pablos, de la Garduña de Sevilla y Estebani-

llo, por no citar más que a las grandes figuras de la picaresca española. Y, por lo mismo, vidas y climas duros, heridos, esquinados, antieróticos y antigalantes. Debo advertir honradamente, pues, a quien inicia acaso la lectura de esta novela con ansias de relato de alcoba, equivocado por la fea dedicación de la protagonista, que cierre el libro si no busca calidades más nobles, no sé si logradas o no, pero, desde luego, intentadas con vocación y empeño.

Hay maldad, hay pecado, en lo que va a leerse, porque hay maldad y pecado sobre esta tierra sin misericordia. Pero los malos, los pecadores, son también criaturas del Señor, y recordándolo escribió San Agustín esta hermosa frase:

Dios prevé los que han de ser buenos y los crea. Prevé los que han de ser malos y los crea... Perdona misericordiosamente y castiga justamente; o bien castiga misericordiosamente y perdona justamente. Nada teme de la malicia ajena; nada necesita de la justicia ajena; nada gana con las obras de los buenos, pero da a ganar a los buenos con las obras de los malos.

(De Gen. ad. litt. 11, 11, 15.)

Que así sea.

La despojaré y, desnuda, la tornaré como el día en que nació; y la convertiré en un desierto, en tierra seca, y la mataré de sed... Cercaré su camino con espinas y alzaré un seto para que no pueda hallar sus senderos.

(Oseas, II, 3 y 6.)

Ahora vemos por un espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara.

(San Pablo, I Corintios, 13, 12.)

PRIMERA PARTE

I

Nunca fui aficionada a escrituras y, de no haber conocido a Juan, jamás hubiera dedicado una tarde a conseguirme unos papeles decentes y una de esas plumas encaperuzadas que vienen de América y que, después de algunos fastidiosos esfuerzos, escriben bien y dan tono.

Sin embargo, siempre me barruntaba yo que mi vida no era la vida de una cualquiera, ni mucho menos. Porque desde chica, y aun antes de nacer, según creo, parezco destinada a cosas grandes, a que la gente se fije en mí y a que muchos anden de coronilla por satisfacer mis deseos. Pachín, el alcalde de Zamarrón, que debe saber mucho, por viejo y por alcalde, dice que todo me ocurre por ser guapa y nada más. Pero Juan asegura que soy una mujer «maravillosa y difícil como una primavera». Y así puede seguir durante una hora diciéndome disparates, aun después de haber pasado un rato conmigo, lo cual, indudablemente, debo agradecerle, pues casi todos los hombres se ponen morugos una vez idos los entusiasmos del caso y próximas las realidades de su obligación.

Yo soy, desde luego, algo rara. Siempre me di cuenta de ello, alegrándome mucho al sentirme tan distinta a las demás. Pero hasta que conocí a Juan no supe que esta rareza puede hacerme inmortal, vivir en la memoria y en la envidia de la gente y producir una admiración que necesito viva y muerta. Porque yo creo que el alcalde no anda errado y que cuando se le arruga a una la piel o se le cae la carne, y mucho más si se le pudren los huesos bajo tres palmos de tierra, ya nadie te echa cuentas, diga lo que diga Juan, que me parece está tan loco como yo. Pude comprobarlo la otra noche, ya de amanecida, cuando le dije que quería morir con él y le agarré el volante del coche, a toda mar-

cha, apuntándolo contra un paredón verdoso que cerraba el fondo de la calle, un despeñadero torvo y feo. El muy salvaje se rió y no tocó el freno, hasta que volcamos en la esquina; fue un buen morrón, que pudo haber terminado mal. Cierto es que yo no estaba en mis cabales, pues andaba más cargada que una cuba; pero en verdad que no podría asegurar ahora que aquello fuera una comedia más y que no me apeteciera llevármelo conmigo al otro mundo.

Siguiendo con lo mismo, quiero decir que nunca se me había ocurrido esto de que una pueda dejar cosas que vivan después de muerta, descubrimiento que ha llegado a preocuparme. Cosas que, como dice Juan, fijan la imagen inmortal de una mujer interesante, digna de ser conocida por alguien más que por sus conocidos. La verdad es que con mis conocidos, que son muchos y de lo mejor de España, he tenido hasta ahora bastante, y algunas veces demasiado, porque una sabe manejárselas. Pero ya, con todas estas tonterías que me han metido en la cabeza, no me satisfacen, y como he de morir joven y en plena belleza, quiero que pueda saberse siempre cómo he sido, no para lección ni ejemplo, según suele decirse, sino para que los hombres sepan que hubo una mujer como yo y se fastidien al no encontrar otra semejante.

Aquí, como es natural, no quiero engañar a nadie.

Va a resultar muy difícil, no sólo porque mi bienestar depende siempre de mi habilidad para la mentira, sino porque cuando una cuenta dos o tres veces una historia trapacera, termina por creérsela de cabo a rabo. Y aquí quiero ser sincera, aunque, claro está, arrimando un poquito el ascua a mi sardina, pero sin romanticismos ni bobadas sentimentales, que me dan grima.

Confieso que no sé por dónde empezar, y a Juan, que sabe mucho de esto, no le da la gana ayudarme. Dice que hartó sé de otras mañas y que cuanto menos sepa de ésta, mejor. Que me ponga a escribir por las buenas, como si estuviera atrapando a uno, y que milagro será que no consiga

cazar al lector, si es hombre, y a las mujeres, si no han dejado de serlo. Porque los lectores verdaderos abren los libros con la misma emoción que sofoca a los enamorados en sus citas y que la primera página es para ellos como un primer beso. ¡Cualquiera se acuerda ya de esas cosas!

De todos modos, como yo no tengo pretensiones de mujer redicha, aunque sepa más que la primera, lo mejor será no andarse por las ramas y comenzar la charla con el lector, como si nos halláramos en cualquier tasca cenando unas pechugas de ave «suprema», regadas con un buen tintero de la tierra, vino que sólo bebo acompañada por aquellos fieles amigos ante los que puedo permitirme algunas confianzas, que he de disimular con otras más protocolarias amistades, dengueando sobre la carta de los vinos y solicitando alguna rareza bien estudiada que les escueza el acoquinado bolsillo y encienda el torpe corazón.

II

Ante todo, debo advertir que soy una chica muy mona. Muy mona y muy cara. Lo digo porque, aunque todo el mundo lo sabe, yo lo recuerdo muchas veces, para que nadie se llame a engaño. En estas cosas, los hombres son tan inocentes, que siempre hay que exagerar todo lo posible sobre la maravilla que su suerte les ha puesto al lado. Así he conseguido no sólo ocultarles mi único defecto, unas piernas algo flacas y no tan derechas como quisiera, sino que se mueran por mis pantorrillas.

Por ahora, no conozco ninguna otra mujer que pueda comparáseme. Ellos lo saben y se irritan, porque les froto bien los morros con esta superioridad mía, que quisieran humillar y que no pueden.

No voy a describirme diciendo que mis ojos son así o mi boca así, que tengo un tipo monísimo y unos andares lentos, balanceantes, que quitan el hipo. No. Diré tan sólo que dispongo de una especie de magia que encadena a los hombres por donde hay que encadenarlos, y que no es, como muchas creen, por lo que dura poco y pasa pronto, sino por lo que dura mucho, aunque pase también siempre; que es una refinada mezcla, que dé lo suyo a la carne y lo suyo al espíritu, y cargando un poquito más la dosis por este lado, si es menester. Así, entre parpadeos mimosos, vocecitas suaves, dulces miradas y oportunas languideces, por un lado, y fieros celos, caprichos insensatos, ardorosas convulsiones y alguna que otra coz por otro, los voy enredando a estos asquerosos en mi tela de araña, hasta encanijarles bien los bolsillos y echarlos a la basura por una temporada.

Porque yo los aborrezco, y quisiera verlos a todos martarse por mí.

El otro día me preguntaba Juan los motivos que tengo para este odio, y le dije la verdad: que me han hecho mucho daño. Se rió, una vez más, con esa risa suya, que me saca de quicio, porque no logro vencerla, y aseguró que ésa no era ninguna razón, y que otras habría. ¡Bueno, vaya usted a saber! Pero la verdad es que cuando los veo padecer por mi culpa me entra un calorcillo por las entrañas, que da gusto, de veras. Por lo cual pienso que no debo quererlos mucho.

Perico dice que yo debiera ocultar esta desafición, que resulta muy desagradable algunas veces; pero estoy segura, absolutamente segura, de que se equivoca. Porque saberse odiados les hace gracia, los encela más y los mantiene en una tensión, en una vigilancia de sí mismos, que contribuye mucho a enredarlos entre mis brazos.

Esto no quiere decir que yo no sea simpática. Al contrario, todos dicen que, una vez solucionada la cuestión económica, en la que soy muy exigente, no hay otra mujer tan divertida y animada como yo. Creo que es cierto, porque me esfuerzo en adaptarme a mi hombre cuidadosamente, cambiando de color como el camaleón, de acuerdo con lo que tengo al lado. Así, sé hacerme la niña empalagosa, la gachí simpaticota, la flamenca borracha, la desesperada, la interesante y hasta la viciosa, aunque esto es lo que más me molesta. Consiguiendo que cada uno me vea como quiere verme y que después nadie esté de acuerdo sobre mi manera de ser, con lo cual todos piensan que han conseguido conocerme y que me confío a cada uno exclusivamente.

En cuanto a Juan, no está de más el decir aquí, porque lo he citado ya varias veces, que me conoce mejor que ninguno y que al maldito no se le escapa nada ni hay forma de engañarlo, aunque me parece que daría cualquier cosa por engañarse un poco, lo suficiente para llegar a creer en mis arrumacos. Por eso, cuando comienzo mi faena, se enfada y me tiene prohibidos los mimos, los suspiros y hasta el rechi-

nar de dientes en su ocasión. A veces no me deja casi ni hablar y me asegura que, si pudiera, le gustaría tenerme embalsamada y silenciosa en un botellón de cristal, tendida a su lado, para contemplarme. Con todo esto, resiste el tío como nadie y gasta lo que él quiere, no lo que quiero yo.

¡Ah!, pero los otros... Cuando les echo encima de su fortaleza mis veinticinco años, ¡cómo se ablandan y derrieten! Cuando, bajando un poquito la cabeza, transportada por la emoción de sus palabras, les alzo los ojos tiernamente y les meto mi luz hasta lo más hondo de su debilidad, ¡cómo me entregan sus pobres ilusiones, sus necias esperanzas! Y si, en otro momento oportuno, hago que la cascada de mi pelo se derrame por mis hombros desnudos, rodeando una carita llena de mimo o un rostro enardecido por la pasión, ¡qué alboroto!, ¡qué entusiasmo se despierta en ellos!, ¡cómo pierden su máscara de hombres de presa, su pedantería de sabihondos, y, tras sus mandíbulas de dominadores, cómo muestran unas gargantas cobardes, corrompidas por el miedo, por la vileza de su vida! Toda su falsa dignidad, su magnificencia de seres superiores, huye ante mi resplandor y los deja en cueros vivos a los muy c... ¡Oh!, no; no debo poner aquí palabras feas. Aunque Juan se empeñe en que lo suelte todo tal y como se me venga a las mientes. Porque yo también tengo mi educación, y las buenas madres del hospicio de Almería me enseñaron todo lo necesario para ser una señorita.

Además, en los libros que leo, que son muchos y buenos, me doy cuenta de que la gente no habla allí jamás como se habla en la vida, pues se dicen siempre palabras nobles y empalagosas. Por eso, al menos, que no quede por aquí nada feo, aun cuando yo sea bastante mala lengua si me rascan el coraje.

III

Bien está que los viejos se dediquen desvergonzadamente a hilar sus recuerdos, porque así se engallan un poco, los desgraciados, y entretienen a la muerte. Pero yo, a mis veinticinco años de pimpollo en flor, no siento ilusión alguna por repasar mi niñez.

Tan sólo debo decir aquí, porque es lo suyo, que mi vida se inició bajo el manto dramático de un gran misterio, que, la verdad, algunas veces me trae frita. Sí; hace veinticinco años, el 23 de marzo de 1921, por la noche, alguien me dejó en el torno del hospicio de Almería, y después de llamar con fuertes golpes impacientes, desapareció. Exactamente como en esas novelas por entregas que le echan a una por debajo de la puerta y que distraen un poco las penas propias con las penas de los demás.

Allí, pequeñita, sonrosada y preciosa, me recogió la hermana tornera, a quien siempre quise y respeté como a una madre. Después comencé a crecer, como todas las cosas pequeñas crecen.

El hospicio estaba en una parte del caserón dedicado al hospital, que se hallaba junto al parque de la ciudad, frente al puerto. Recuerdo muy bien todavía el patio grande, soleado por los suaves soles del invierno y los devoradores del verano. Había allí cuatro palmeras con talle de gitanas camineras, blanqueados los troncos por los polvos del constante secano, porque esa tierra no cría apenas agua. Y macizos de margaritas y otras plantas, que iban muy bien con los azulejos encarnados, blancos y azules del patio, a más de unos tarayes que alegraban el alma cuando echaban sus flores sonrosadas.

La vida allí era muy simple, pero yo andaba siempre llena de ilusiones, mucho más que ahora, que me veo alhaja-

da como una reina, con quince modelos de los mejores modistas, veinte pares de zapatos y tres abrigos de pieles, uno de ellos de zorros plateados, que quitan el hipo y arrancan la envidia de los ojos de mis compañeras de la vida.

Los jueves y los domingos salíamos las chicas del hospicio a dar un paseo, para refrescar un poco la sangre, prisionera en aquellos muros. Íbamos en fila, emparejadas; las pelotilleras y soplonas dándole el aguabuche a las hermanas; las otras, murmurando siempre mil cosas. Y daba gusto vernos con nuestro uniforme azul, alegrado por una corbati- ta blanca, porque la gente nos miraba con curiosidad y pena, y las otras chicas de padre y madre abrían mucho los ojos con expectación y temor al pasar nosotras, hasta que, en un desgarró, a espaldas de las monjas, les sacábamos la lengua, por idiotas.

A propósito de esto, y porque se me viene a las mientes, debo decir que desde entonces pensé que el tener padre y madre, aun cuando no voy a negar que resulte cómodo algunas veces, debe encanijar el carácter y entontecer un mucho. Por mi parte, puedo asegurar que yo no eché de menos esos mimos y empalagos a los que otras hijas de familia están acostumbradas, y que con las madres del hospicio tuve bastante, y aun demasiado. Y que así se cría una más abrazada a la verdad de la vida, que es una verdad que requiere muchas horas de vuelo, según dice un comandante de aviación amigo mío.

Por eso confieso que me irritaba mucho aquella conmi- seración que casi siempre endulzaba la cara de las gentes cuando dábamos nuestro paseo por las avenidas del parque o por las orillas del puerto. ¡Como si las hospicianas tuviéramos que entristecernos la vida por el hecho de serlo! Desde entonces pensé que había muchos bobos en el mundo y que acaso pudiera resultar divertido cazarlos más adelante, cuando los días nos van creciendo las uñas de la sabiduría y de la fortaleza.